

Rubén Darío.

(Fragmentos de un discurso).

Darío es la expresión más audaz y elevada de la estética moderna. Su verso intencionado y florido ha recorrido triunfante las cimas todas del pensamiento humano. Su pluma, por nuevos rumbos, ha creado nuevos colores y ha esparcido luz en las sombras del pasado. Es el representante más característico de nuestra época en lo que tiene de artista y ecléctico.

Antes de él, cualquiera hubiera sido pequeño.

Conocíamos la prosa almibarada del canario Castelar; las estrofas sedosa, mórbida, dulce y tentadora de Zorrilla; la hierática majestad filosófica de Núñez de Arce y el desbordante pasionismo de Espronceda; pero aun era un misterio para nosotros el secreto del verso y la tentación de la palabra.

A este galo descoyuntador, el idioma le debe su resurrección y florecencia.

En sus manos la palabra vibra y resuena metálica, la idea se descompone cual un prisma y tiene exuberancias de bosque americano: sube y baja, se retuerce, se extiende y agarra delirante, buscando allá arriba, en la copa estremecida, la luz del pensamiento, como la liana trepadora hacia la palmera de las selvas tropicales.

Ese es su privilegio: su eclecticismo, como la selva. Junto al colibrí el águila; cabe a la fuente, el lirio tembloroso y el heroico cedro perfumado.

La obra de Darío es ingente. Arremeter solo contra cien generaciones y aceptar impasible la responsabilidad de la historia, es audacia de predestinados.

Ha dicho en versos admirables las infinitas manifestaciones de la vida: el odio y el amor, el fastidio, el cansancio y la inquietud, el enigma y el misterio, Dios y la naturaleza, todo ha salido purificado de esa boca encendida de vidente.

Primero fué simbolista y visionario: Quirón y sus furiosos cuadrúpedos en un rudo golpe de titanes; después vino la vida tentadora con todos sus amargos racimos. *Cantos de Vida y Esperanza* son un cambio de frente ante la carne que seduce; queja resignada de una alma que muere de dolor.

Rubén Darío se va haciendo cada día más humano.

Quiso encerrarse dentro de su propio espíritu y arrojarse en la sombra del misterio; pero el aire y el espacio le tentaron y la realidad tuvo para él seducciones infinitas:

La torre de marfil tentó mi anhelo;
Quise encerrarme dentro de mí mismo,
Y tuve hambre de espacio y sed de cielo
Desde las sombras de mi propio abismo.

Y voló, voló sobre cardos y espinas
con vuelo de potentes alas, sin que el
soñado ideal, que siempre huye y se
esfuma, se le haya jamás aparecido:

El alma que entra allí debe ir desnuda,
Temblando de deseo y fiebre santa,
Sobre cardo heridor y espina aguda:
Así sueña, así vibra, y así canta.

Vida, luz y verdad, la triple llama
Produce la interior llama infinita;
El Arte puro como Cristo exclama:
Ego sum lux et veritas et vita!

Y la vida es misterio; la luz ciega,
Y la verdad inaccesible, asombra;
La adusta perfección jamás se entrega,
Y el secreto Ideal duerme en la sombra.

Lo que extraña en la obra compleja
de Darío, por confesión del *Mercurio
de Francia*, es que en toda ella se
refleja la personalidad del autor. Sus
diferentes formas son como facetas de
un mismo diamante.

Distraído y huraño, especie de sonámbulo, parece que en su imaginación llevara encerrada a la naturaleza toda, a manera de idea innata de los antiguos peripatéticos. Su contacto con lo tangible se creyera nulo. Tal es su abstracción y concentración. Y sin embargo, su verbo nace vestido, y vestido como con su propia carne con todo el palpitante del mundo exterior. Luz y sombra, grito y desesperación, cántico y ritmo, arrullo y tempestad, todo está en él soberanamente agusto como un reflejo de la vitalidad de su pensamiento.

Remigio CASCO.

León, Nicaragua.

À RUBÉN DARÍO

Eres el gran poeta de la raza latina
Tu victoria se anuncia por todas las naciones.
Ya suena por los aires la mística bocina
Que pregoná la Marcha Triunfal de tus blasones.

Es tu verbo severo, delicado y profundo,
Que lo esculpes en mármol, cuajado en arbol,
Y doquiera ilumina las pupilas del mundo
Porque enciendes tu antorcha en las llamas del Sol.

Hércules de los pueblos latino-americanos,
Con un Sol en los ojos y dardos en las manos;
Vigilando los fueros de tu querida Corte
Asechas las acciones fratricidas del Norte.

Argentina, la noble, levanta un monumento
Al poema que canta su santa Libertad,
Que lanza tu victoria por las olas del viento
Con el clarín sonoro de la inmortalidad.

Has luchado bastante, : bien conoces lo humano.
Creyente cual ninguno : esperas al Mesías.
Mas la tierra, poeta, es inmenso pantano . . .
Y están escasas las lágrimas de los Jeremías.

Qué hacemos? A do vamos? Triunfa la madriguera!
Se destrozan las razas bajo una misma bandera:
Ambición.

Ya no existen los viejos y nobles vencedores
Sólo queda la férula de los conquistadores.

No rezan á Jehová, que su venganza es fiera.
No miran las miradas que ruedan al abismo.
Por sus negras acciones más propias de pantera
Tu Dios en las naciones desata el cataclismo

Se olvidan que no existe la fuerte Babilonia,
Se olvidan de la espada del Angel del Señor.
Mas verán los biznietos formarse una colonia
Desde los Dardanelos hasta las tierras del Lord.

Que no toque á tus labios cantar esas batallas
Que son veneno-bala las modernas metrallas.

No son los visionarios traidores ni guerreros
No son los Hugo, Nervo satélites de Marte
Pastores son de Apolo, los que aman los luceros,
Prendidós en el fondo de la región del Arte.

Dejemos que se ensangren los aires y los mares,
Que sacien sus furiosos los reyes y los czares,
Dejemos que se erize la tierra de cañones,
Dejemos que se compren los santos pabellones.

Debieran sepultarse en un eterno olvido
Las glorias del que vence y el rencor del vencido!

Ve á vivir á tu Patria : cese tu canto errante!
Cuéntale que no sabes el porqué de sus penas;
Pero antes que mueras romperás sus cadenas
O saldrán de esos carbones estrellas de diamantes?

No importa que á tu gloria que toca el Infinito
Traten de oscurecerla : ser envidiado alienta.
Y ni después de muerto : cuando el volcán revivanta
Deja para el futuro trincheras de granito.

Octavio Quintana GONZÁLEZ.

León, Nicaragua, 25 de Noviembre de 1915.

SOL DEL DOMINGO.

I.—Sol del domingo . . . Rásgase como un largo velo de tiempo y he aquí que se oye un cántico de campanarios; sois vosotras, campanas de Pascua Florida, campanas de la niñez.

Pues es día de misa, y la madre es tempranera, y la abuela, desde el clarín del gallo está en pie, con su vestido oscuro de la iglesia. El sueño de tan grato matinal, que el niño no quiere dejar las sábanas, en donde la cabeza sobre el brazo y el muslo en flexión, se anda volando por el otro lado de las cosas. Pero las flores de olor están ya en los floreros y el café humeante. El cura estará en la sacristía poniéndose la casulla. Y el niño se viste con su ropa limpia y olierte, y á poco va en la buena compañía á la visita de Dios; á punto en que las campanas alegres, las campanas de Pascua Florida, dicen la última estrofa de la llamada.

II.—Sol del domingo . . . Y á la orilla, del río con los compañeros, dar un chapuzón; desnudos como anguila todos, alborotar el agua, y en el intervalo morder la naranja de oro ó la uva de miel, junto á los árboles. ¿De qué se conversa? Se sigue el asunto que en ramas cercanas discuten los pájaros; cosas de la política del aire, de la ciencia de las cometas ó de las artes de los trompos; murmuración contra la tía solterona y el maestro calvo; y el puñetazo que tal dió dejando cardenal en el pómulo: ó la escopeta de papá y el caballo que vino de la estancia: ó la caja de música que

trajeron de París regalada por el padrino; ó la pelota de la cancha, ó las piernas de Juanita. Y luego lapidarse en los ramajes; silbase y gritarse; se ensaya la voltereta ó se ejercitan los brazos en mutos meñicones; ó se corre por largas extensiones, hasta llegar á la casa cansado el pecho, roja la color, en sudor la frente, lleno de sol los ojos, y el traje con rotura ó mancha, á recibir la reprimenda

VII.—Sol del domingo, sé bueno siempre para los niños, para los viejos. Eres el que hace reír las casas y los árboles como con un brillo inusitado; el que saca á los huérfanos de sus habitáculos, en largas filas, á ver la ciudad, á respirar la salud de los jardines y los campos. Sé suave y de oro puro para ellos; y para las viudas tristes, y para los niños pobres. Sé propicio para los solitarios que piensan, á orillas de los lagos, junto á los cisnes, en cosas melancólicas. Tú eres el hermoso sol, el sol del día del Señor. Tú estás guardado en el gran joyero que el Príncipe de las cosas tiene en su empuje, y no sales sino una vez a la semana, cuando ella nace, á vivir su existencia de seis días, y para que salgas á lucir en el puro azul, el Padre sagrado te confía al orfebre más entendido de su reino de arriba: ese te limpia, te pule, te bruñe, como á un escudo de oro, y te lanza al espacio á que resplandezcas, sol del domingo. . . . sol del domingo. . . .

RUBÉN DARÍO.

Tres genios Latinos.

Al conjuro del genio de Colón, surgió el Edén americano; al golpe del genio de Bolívar, fórjase la Democracia indo-latina, y al fulgor del genio de Darío, afánzase en el porvenir el prestigio intelectual

de la raza más joven del planeta.

MANUEL IG. ARGUELLO.

New Orleans, La.

Tipografía de "SAN JOSÉ".